

En las puertas del templo los pobres cantan

Liturgias de la Paz y el conflicto desde Mt 21,12-17

Manuel David Gómez Erazo¹

Resumen

Se plantea la perícopa del encuentro de Jesús con los mercaderes del templo en la versión de Mateo como crítica a la liturgia actual en búsqueda de aportes para la renovación de los espacios culturales desde la realidad de los pueblos. Una celebración litúrgica auténtica y correcta éticamente, desde la originalidad de la Alianza y la proclamación del Reinado de Dios, debe estar a favor de los vulnerables de la historia, anticipando el anhelo de la paz, desde la práctica de la justicia.

Palabras clave: Biblia, Liturgia, Templo, Pobres, Paz, Justicia.

Abstract

The percopa of the encounter of Jesus with the merchants of the temple in the version of Matthew is criticism of the current liturgy in search of contributions for the renewal of the cultural spaces from the reality of the people. An authentic and ethically correct liturgical celebration, from the originality of the Covenant and the proclamation of the Reign of God, must be in favor of the vulnerables in history, anticipating the longing for peace, from the practice of justice.

Key words: Bible, Liturgy, Temple, Poor people, Peace, Justice.

Hace algunos años la Arquidiócesis de Cali tuvo como lema de trabajo la expresión “de la misa a la misión” y siempre pensé en su significado y en la doble responsabilidad que veía ahí, desde el pueblo y desde los ministros ordenados: *el pueblo va a la misa, pero no va a la misión; es más, la misa no impulsa a la misión*. No hay comunión ni símbolo, solo cumplimiento y normatividad canónica. Y la *renovación litúrgica* se piensa solo en materia visual, en la ligereza celebrativa y discursiva, en la democratización, participación y musicalización atrayente como si fuera suficiente. La conclusión: no hay movilización de conciencias ni un compromiso claro con la Paz en medio del conflicto durante la liturgia.

José Luis Micó Buchón (2004) intenta decir algo sobre el cuestionamiento actual de la liturgia y su renovación considerando los avances permitidos por el Concilio Vaticano II, las necesidades de los pueblos y la profecía que debería estar contenida durante las celebraciones para garantizar tanto su pertinencia como urgencia. Aunque podría ser cierta la afirmación del autor sobre los pocos aportes que la constitución *Sacrosanctum Concilium* hace en materia teológica al ser “más pragmático y ordenador que místico y doctrinal” (p. 137) podría lanzar algunas pautas para la reflexión en este ensayo que pretende inspirar una postura sobre la Paz desde la realidad del Templo visto por Mateo.

¹ El autor es licenciado en Filosofía y Ciencias Religiosas de la Universidad Santo Tomás; especialista en Estudios Bíblicos de Uniclaletiana; doctorando en Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana. Docente y coordinador de investigaciones del Programa de Teología de la Universidad Católica Luis Amigó de Medellín, Colombia. immanueldavidg@gmail.com; manuel.gomez@amigo.edu.co

Pone en contexto Micó Buchón al recordarnos que “el continente católico también es el continente de injustificables diferencias extremas entre ricos y pobres, de creciente pobreza y miseria, de comportamientos inmorales opuestos al Evangelio, de gran ignorancia y deformaciones en su fe” (p. 140). Si es así, ¿qué papel juega la liturgia eclesial, o debería asumir, en el contexto de un país en crisis en búsqueda de la Paz?

Lo admitimos: el contexto es de sufrimiento y la liturgia parece cómplice

Recordamos la escena de la novela *La Virgen de los Sicarios*, de Fernando Vallejo, donde el asesino desea bendecir unas balas, entre rezos, santos y agua bendita, para mejorar su puntería y garantizarle menor dolor a la víctima al morir. Entre la violencia del narcotráfico y los actos de la piedad religiosa católica se va desarrollando la novela y no es muy diferente a la actualidad latinoamericana. A la misa van el paramilitar, el guerrillero, el político corrupto y nada pasa, no hay movimiento de conciencia, no hay profecía, nadie se cuestiona, no hay compromiso con la Paz, *pero se cumple*. Y desde el templo se gestionan muchas de las homilias más excluyentes de la Iglesia proclamando un evangelio que, al no transmitir vida, no trae noticias tan buenas. Manuel Villalobos Mendoza (2015), CMF hace una autocrítica desde su condición de sacerdote mexicano afirmando lo siguiente:

Como sacerdotes hemos sido educados, frecuentemente, para ser defensores incondicionales de la Institución más que del evangelio de Jesús. Con frecuencia seguimos con mayor fidelidad las enseñanzas de Roma que la Buena Nueva surgida en Galilea. En seguida cerramos los ojos a los errores, sufrimientos y deshumanización que la creación de Dios ha sufrido a manos de la Iglesia. Mi abuelo Jesús, por ejemplo, perdió su tierra por pelear en favor de la jerarquía de la Iglesia durante la *Guerra de los Cristeros*. Cuando volvió a su casa, su tierra tenía otro dueño y se quedó sin ella. Cuando mi abuelo se emborrachaba, maldecía a la Iglesia por haber sacrificado miles de vidas inocentes. Decía: “Mientras nosotros luchábamos contra el Gobierno, los obispos cenaban con ellos”. Qué bueno que mi abuelo no ha podido ver que la Madre Iglesia ha compensado sus sufrimientos al canonizar a un puñado de ellos. (pp. 55-56)

Aquí hay un reflejo y esfuerzo sintético sobre la situación eclesial en cualquier parte del mundo por incoherencia. Aunque se reconoce el papel articulador de la celebración en la vida de la Iglesia, esta goza cada vez de menos prestigio entre la población creyente, sea porque sus códigos, simbología y lenguaje se distancian de la realidad del ser humano por la forma tediosa de asumir la ritualidad o, al ser el culto el rostro visible de la institucionalidad religiosa, la profunda incoherencia de no pocos de sus ministros y procederes administrativos de las jerarquías eclesiásticas gestionan un éxodo permanente en el pueblo que, poco a poco, se hace menos creyente. Y, en otros grupos donde la liturgia es tomada muy en serio, nos atrevemos a decir que existe una gran dosis de culpabilidad, adoctrinamiento, disciplina y obediencia a cierto *estatus ontológico* presupuesto hacia la institución eclesiástica, influyente con fuerza en la fe del común bautizado e inserto en su cotidianidad. Esta es una realidad cierta, principalmente, entre la juventud, que debe tomarse en serio si se quiere lograr una verdadera renovación litúrgica en el seno del cuerpo eclesial en medio de un contexto conflictivo y poco propicio para la Paz.

La Iglesia está en crisis, su acción litúrgica también y los contenidos celebrativos en muchas ocasiones no parecen ser propicios a la promoción de la Paz. Porque hay un vínculo orgánico e indivisible entre liturgia e Iglesia al ser la celebración el rostro visible, aunque no único, de la acción de la Iglesia. Toda la Iglesia es litúrgica, dice Edwin Mora Guevara (2009) porque esta dimensión es constitutiva e inherente a su naturaleza como Iglesia. Es imposible concebir una comunidad de fe sin práctica litúrgica (p. 8). La institución eclesial ha avanzado en algunos temas y retrocedido en otros; en

su interior hay grupos, comunidades y distintos puntos de vista, unos más reaccionarios instalados en la melancolía, otros más avanzados en permanente debate, otros en búsqueda de mayor mercadeo de ideas y escenarios. Lejos del proceder correcto o incorrecto en los distintos contextos ¿no será, acaso, cada uno de estos grupos una respuesta al afán desmedido de ganar y recuperar credibilidad y adeptos?

Deben pensarse seria e intensamente los significados de la liturgia y pensarlos desde la promoción de la Paz en las culturas y los pueblos, al menos en la Iglesia Católica y en las iglesias, las diferentes denominaciones, los ritos y los significados y teologías que subyacen en ellos y en la conciencia de la gente, en la cultura y en la teología clásica tradicional. Porque, al fin y al cabo, lo visible del acto litúrgico está lleno de lo invisible, de lo trascendente, pero también está lleno de los contenidos invisibles del pensamiento del ser humano y de las comunidades donde convive. Y esos contenidos deberían apuntar a una total y absoluta defensa de la vida y la Paz.

Ahora, resulta particularmente extraño que Micó Buchón, citando a Juan Plazaola, comente que los principios de renovación litúrgica fueran a la profundidad y raíz del acto sagrado señalando como rasgos esenciales de la renovación el retorno a las fuentes, el renovado sentido del misterio, el protagonismo de Dios, Cristo como cabeza de la fiesta litúrgica, el valor del banquete y la revalorización de la asamblea creyente... pero en función de la celebración litúrgica (2004, pp. 134-135). No obstante ¿dónde queda la vida de pueblos enteros que sufren injustamente? ¿Acaso sus contextos de dolor y sufrimiento no son fuente ni rasgo esencial para una renovación litúrgica? Más sencillamente: Si no se tiene presente la vida de la gente ¿qué celebraremos? ¿Desde dónde deberíamos celebrar y qué deberíamos celebrar hoy?

Cierto comportamiento de Jesús, bastante sugerente desde todo punto de vista, podría señalar algunos caminos de crítica, al menos desde la perspectiva del Evangelio de Mateo.

Contextualización histórica: Evangelio como parámetro para celebrar la Paz

Acercarse al Jesús de la historia y a la interpretación que de él hicieron las comunidades de los evangelios nos permite renovar con fuerza el profundo sentido de la vida cristiana. El Concilio Vaticano II buscó y pidió con esmero eso: volver a las fuentes de la Iglesia, de la revelación, *de la liturgia y de los problemas del mundo* con sus primeras cuatro constituciones, aunque estas fuentes, estos orígenes, hayan sido oscurecidos por el proceder escolástico (Morello, 2007, p.100). Para nuestro caso intentaremos pensar desde la liturgia y su renovación a partir de la meditación de una perícopa extraída del Evangelio de Mateo para trazar caminos en búsqueda de una Paz celebrada y vivida de forma anticipada.

Existen muchos textos que siempre han sido destinados a una reflexión bíblica promotora de la liturgia. Incluso, podríamos aventurarnos a afirmar de manera inmediata, que toda la literatura bíblica expresa, desde su interior hasta sus formas más explícitas, una auténtica búsqueda teológica, litúrgica y significativa en contextos conflictivos, un pueblo en búsqueda de la mejor forma de servir, celebrar y de llenar de contenidos de justicia su celebración, desde sus contextos históricos puntuales; posteriormente, podría decirse que, incluso desde esta perspectiva, toda la vida de Jesús es una vida litúrgica sobre la Paz. Sin embargo, se escogió el evangelio de Mateo y, dentro de su proceder literario, la escena de la *expulsión de los mercaderes del templo*, según su versión. Podrían ser otros textos visual y teológicamente pertinentes, pero esta escena y demás aspectos culturales y religiosos de la comunidad mateana y de su gente judeocristiana posibilitarían unas valiosas miradas adicionales para abordarse.

Ahora, si esta escena se repite en todos los evangelios canónicos ¿por qué escoger el texto mateano? Porque, aunque también se ve en los otros evangelios, esta comunidad, al ser judía en su seno, presenta unas características contextuales y lenguaje que nos ponen en sintonía con la reflexión litúrgica organizada institucionalmente y, además, con claras preocupaciones catequéticas.

Sostienen Poittevin y Charpentier (1987):

No cabe duda; este evangelio ha sido escrito en una comunidad y para una comunidad. ¿De qué origen? ¿De qué época? Hay algunos indicios, sacados en su mayor parte del mismo evangelio, que nos permiten hacernos una idea. Y esta comunidad nos parece extrañamente cercana a nuestra iglesia después del Vaticano II, con su aparato institucional, su liturgia, sus dos milenios de tradición, a esa iglesia que desea reformarse volviendo a centrar su fe en su señor resucitado, para ser cada vez mejor una “iglesia para el mundo”. [...] Se trata de una comunidad con un comportamiento marcado por las tradiciones judías, especialmente por las tradiciones litúrgicas. El autor del evangelio, por otra parte, es también probablemente judío de nacimiento, de educación, de cultura. Se distingue cuando llega la hora de colocar en un marco judío los relatos, materiales y documentos que ha podido recoger sobre la vida de Jesús, ya elaborados y comentados en el seno de las iglesias cristianas. (p. 8)

Incluso, en materia sacramental, si decimos que el cuerpo de Cristo es la Iglesia (1Co 12) el Evangelio de Mateo refleja una iglesia más avanzada y sostenida por una teología más elaborada. Dicen en otro momento los autores anteriormente mencionados:

En cuanto a lo que llamamos “los sacramentos”, también están ya organizados. Existe el bautismo (28,19), en referencia con el de Jesús (3,13-17), mejor comprendido a la luz de su muerte y de su resurrección. Está establecida la práctica del perdón de los pecados (18,18), ya que hay unos hombres que participan en la tierra de la autoridad del hijo del hombre (9,6-8). Robustecida con la presencia de Cristo “todos los días hasta el fin del mundo”, se va afirmando esta comunidad que vio nacer el evangelio de Mateo por los años 80-90. Expresión de la fe viva de una comunidad, ¿no estará igualmente escrito este evangelio de cara a unas circunstancias y ante unas realidades nuevas? (1987, p. 9)

La lectura que de Jesús haga esta comunidad judeocristiana será significativa para poder pensar una liturgia más humanizada y humanizante. En la perícopa escogida miremos los rasgos que puedan potenciar un mayor sentido, sacramentalidad, búsqueda de la Paz, para aportar a una profunda crítica litúrgica.

Sacar a los mercaderes del templo: gesto, profecía y peligro

Pensando a un Jesús desde las raíces galileas de su historia y cultura, comprometido con la justicia y con la verdad de su momento, era justo que desarrollara cierta sensibilidad por los problemas de su gente, un pueblo que vivió permanentes represiones políticas. En la forma como accede Jesús al templo hay una razón, entre muchas. Nos dice José Antonio Pagola (2012):

Después de la rebelión de los Macabeos se produjo un hecho importante. Los soberanos asmoneos de Judea subordinaron Galilea al Estado-Templo de Jerusalén y obligaron a sus habitantes a vivir “según las leyes judías”. No les debió de resultar difícil la integración, pues se sentían miembros del pueblo judío de la Alianza. Sin embargo, después de tantos siglos separados de Jerusalén, no estaban acostumbrados a vivir sometidos a los sumos sacerdotes. El templo era, sin duda, la casa de Dios, pero ahora representaba también un centro de poder que los sometía directamente al sistema de recaudación de los diezmos y demás tasas sagradas. (p. 41)

En el momento en que aparece Jesús en la historia está vigente el imperio romano con toda su *belicoidad*, pero antes de él viene todo un acumulado de dolor histórico de cientos de años e

invasiones imperiales y muerte en el pueblo israelita. Y, para su momento específico, es clara la referencia sobre el conflictivo contexto relacionado con el centro del poder judío que viene de tiempos del imperio persa y griego. Existe una experiencia de subordinación histórica, esta vez, al interior del mismo pueblo judío, aunque hay una identificación cultural y religiosa entre los sectores geográficos, sin embargo, implicaba el reconocimiento de relaciones jerárquicas de poder y diversas exigencias económicas desconocidas por este pueblo que mantenían estructurada las relaciones piramidales y perpetuaban el empobrecimiento y el sufrimiento de las gentes.

Escribiendo contra la injusticia religiosa

El texto se encuentra en el inicio de la entrada de Jesús a Jerusalén (21-25), sección que antecede los relatos de la pasión (26-28). En el capítulo 21 Mateo narra, inmediatamente, después de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén (1-11) y antes de los relatos sobre la higuera seca (18-22) y la autoridad de Jesús (23-27) su proceder atrevido y riesgoso ante el templo de Jerusalén:

12 Jesús entró en el templo y se puso a echar a todos los que vendían y compraban allí. Volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los que vendían palomas, **13** diciéndoles:

• Escrito está: *“Mi casa será casa de oración”*, pero ustedes la convirtieron en una *cueva de bandidos*.

14 En el templo se le acercaron ciegos y cojos y él los curó. **15** Los sumos sacerdotes y los letrados, al ver los milagros que hacía y a los niños que gritaban en el templo *“Viva el Hijo de David”*, **16a** le dijeron indignados:

• ¿Oyes lo que dicen éstos?

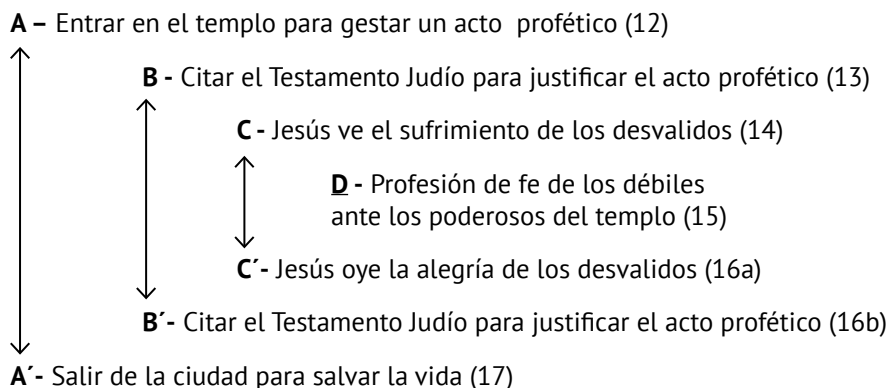
16b Jesús les replicó:

• Sí. ¿Nunca habéis leído aquello: *“De la boca de los niños de pecho has sacado una alabanza”*?

17 Y dejándolos plantados, salió de la ciudad, se fue a Betania y pasó la noche allí.

(Mt 21,12-17)

Para tener una visión general de la perícopa propongo como estructura la posible identificación del siguiente quiasmo:



A partir de la estructura procederemos a mirar las relaciones entre las secciones sugeridas por el quiasmo para identificar la idea que busca resaltar el narrador.

Primera parte del quiasmo A-A´:

Entrar al templo y salir de la ciudad (12.17)

Luego de veinte capítulos misioneros en el evangelio de Mateo, de discursos, parábolas, milagros, denuncias, conflictos, consuelos, solidaridades en búsqueda de la Paz, Jesús decide ir al corazón del problema conflictivo y productor de violencia: ingresar a Jerusalén y, ahí adentro, denunciar la corrupción política, económica y religiosa enquistada en su templo.

Los verbos *entrar* y *salir*, en los versos relacionados, nos dan las pautas textuales para delimitar la perícopa. Indican inicio y final relacionados con el contexto conflictivo de Jesús. Y se torna conflictivo porque, en el momento de entrar al templo, ante el hecho de comprar, vender y cambiar moneda que se da en el lugar sagrado, Jesús asume una actitud agresiva y violenta, proceder que lo obligaría a huir luego a Betania, tres kilómetros al suroriente de Jerusalén. En el acto de salir a esa ciudad es clara la huida del peligro por haber tenido esa actitud contra el templo y sus negociantes en él. Tan es así que, posteriormente, a la hora de discutir su autoridad, Mateo reconoce el regreso a la ciudad y al templo, casi inmediatamente después (21,18.23).

José Antonio Pagola afirma que el incidente en el templo precipita la actuación contra Jesús desencadenando su detención y rápida ejecución (2013, pp. 370-386). Al parecer, aunque el texto dice “entró” al templo, solo se ubicó en el patio exterior, el de los gentiles, a cierta distancia del corazón del templo, donde solo tiene acceso el sumo sacerdote para sus liturgias. O sea, Jesús haría su gesto en las márgenes, en los alrededores del templo, donde se encuentran las personas que no podían acercarse al lugar más santo, por razones de pureza y por la imposibilidad de adquirir los materiales propios para la participación en la celebración.

Sin embargo, su crítica la hace “hacia adentro”. Pagola (2012) hace una interesante ambientación para vislumbrar con mayor drama el arriesgado gesto de Jesús:

El patio de los gentiles es enorme y ocupa la mayor parte de la explanada del templo; esos días se concentran ahí miles de peregrinos; hay docenas de mesas para el cambio y de puestos de venta de animales para los sacrificios. El servicio de orden del templo y cientos de sacerdotes cuidan de que todo transcurra en paz; los soldados de Pilato lo controlan todo desde la torre Antonia. Posiblemente Jesús atropella a un grupo de vendedores y compradores, vuelca algunas mesas y puestos de venta de palomas, y trata de interrumpir la actividad durante algunos momentos. No puede hacer mucho más. Para bloquear el funcionamiento del templo se hubiera necesitado un buen número de personas. Su gesto fue pequeño y limitado, pero estaba cargado de una fuerza profética y un significado de consecuencias imprevisibles. Atacar el templo era atacar el corazón del pueblo judío, el símbolo alrededor del cual gira todo lo demás, el centro de la vida religiosa, social y política. En aquel lugar santo, signo de la elección de Israel, habita el Dios de la Alianza: su presencia garantiza la protección y la seguridad para el pueblo. Allí se hace visible la unión del cielo y la tierra, la comunión entre Israel y su Dios. Solo allí se puede ofrecer a Dios un sacrificio agradable y recibir su perdón. En este lugar santo, protegido de toda impureza y contaminación, se manifestará un día la victoria final del Dios de Israel. Cualquier agresión al templo era una ofensa peligrosa e intolerable no solo para los dirigentes religiosos, sino para todo el pueblo. ¿Qué sería de Israel sin la presencia de Dios en medio de ellos? ¿Cómo podrían sobrevivir sin el templo? (p. 371)

Gonzalo de la Torre, CMF nos recuerda y ayuda también, tanto a sintetizar como a conceptualizar un poco más la idea anterior de Pagola, de que el templo representaba la fuente de ingresos más importante para Jerusalén, por ser un centro de operaciones económicas, comerciales, religiosas y, por lo tanto, ideológicas y políticas. Banco y mercado contradecían al Dios de la Alianza, sería el lugar del acontecimiento del dios de la injusticia y los intereses de quienes se daban cita en ese lugar, una institución judía acumuladora de poder y, por consiguiente, símbolo de la explotación económica, política y religiosa del pueblo (2002, pp. 48-49).

Aunque el templo tenía sus propias funciones económicas, la actividad de *comprar, vender y cambiar moneda* pervertía su funcionalidad original. Pagola dice que la moneda se cambiaba solo por el *shekel de Tiro*, la más fuerte y estable de la época, y se hacían más transacciones para la venta de víctimas para los sacrificios y el cumplimiento de votos (p. 370). Y aunque pudiera ser lícito tal pago de impuestos (Mt 17,24s) se aprovechaba la teología de la pureza para el cambio de moneda justificando así una representación económica más fuerte y generando abusos, según el verso 13.

Si ahí habita el *Dios de la Alianza*, ¿hacia dónde se encaminó, entonces, la teología del templo? ¿Era la Paz y la justicia el contenido de su liturgia? Su liturgia, ¿respondía a la originalidad exodal, a la misericordiosa promesa de Dios a su pueblo para hacerlo libre y en Paz? El pueblo, en medio de tales transacciones económicas, ¿tendría presente al Dios de la libertad y la Paz o al dios de las lógicas del mercado y la economía vigente y servidora de la política que hace cómplices a los líderes religiosos? ¿Sería que desde el templo se generaba todo tipo de víctimas planteando una religión de transacción económica beneficiadora de poderosos a costa del sudor de la gente sencilla? Esas víctimas no serían los animales presentados en el templo, sino las mismas personas que viajaban de todas las latitudes para presentarse a Dios y darle culto. Pero, ese culto respondía a las lógicas de los poderosos y era para ellos y su poder deshumanizador, no para Dios y su pueblo.

Expulsar a quienes vendían y compraban y volcar las mesas de los cambistas es un gesto violento y profundamente simbólico que indica la visión crítica de Jesús en ese momento, ante la promoción de inhumanidad efectuada desde el templo. El verbo griego *katéstrepsen* se puede traducir por volcar y derribar, es la raíz griega de la palabra “catástrofe”. Jesús abatió, destruyó, cambió la situación brusca y dramáticamente. Su gesto fue catastrófico. Alguna persona podría preguntar a partir del suceso: ¿acaso Jesús era violento? ¿Para alcanzar la Paz es necesario también ejecutar gestos de violencia? Creo yo, en este contexto, no es un gesto de violencia que niega la Paz, sino que la exige con desesperación y urgencia, propio de una persona *noviolenta*: está en juego el derecho a indignarse porque la Paz no implica la ausencia de conflicto, sino de saber vivir con él con unos mínimos de justicia. Vale la pena traer, a este contexto y para mejor comprensión, una idea de Alberto Degan (2002), MCCJ:

En realidad, la primera característica del militante noviolento es la sed de justicia, la indignación frente al mal y la capacidad de combatir. En efecto, el mundo en que vivimos, marcado por la violencia y la injusticia, no es pacífico: El que acepte “pacíficamente” este estado de cosas se hace cómplice de la violencia. Construir la paz, entonces, implica rebelarse contra el status quo y combatir contra el mal. Así, no puede haber Noviolencia sin valentía, sin el coraje de denunciar todo lo que atenta contra la paz, aunque eso implica afrontar las amenazas de los poderes del mundo. (p. 54)

La actividad litúrgica de un templo solo puede ser válida si promueve en su memoria el gesto liberador, misericordioso, justo y defensor de la Paz del Dios que mueve al pueblo a hacer con los demás lo que Él hizo por ellos y ellas. Esa es la casa de Dios, ese es su corazón, ahí está su Alianza y de esa manera *reina*: en la medida en que todo pueblo continúe el gesto humanizador de la divinidad. Y, al parecer, quienes tienen la responsabilidad de cuidar y promover dicho depósito y experiencia, lo pervirtieron todo. Sería una liturgia, no para vivir en el hoy el reinado del Dios liberador

que compromete el mañana de la vida y la historia, sino una liturgia al servicio de los ídolos de ese mercado injusto y generador de muerte. Son esos mismos representantes del culto quienes violan los mandamientos, específicamente, los tres primeros (Ex 20,1-11). Gonzalo de la Torre (2002), CMF ayuda a clarificar aún más:

La imagen de Dios estaba pervertida. El dios del Templo y de la Ley no era ya aquel Dios liberador que, con brazo fuerte, liberó a los esclavos hebreos de Egipto, los cuales, juntamente con las subclases cananeas en proceso de revuelta en las ciudades-Estado de Canaán, conformaron una totalidad social denominada "Israel". El Dios de aquellos hombres y mujeres era lógicamente un Dios parcial, escandalosamente de parte de las y los oprimidos, que acompañó a aquel pueblo de pobres por una aventura nueva: la de construir una sociedad basada en relaciones sociales fraternas, solidarias e igualitarias. ¿En qué forma se llegó a pervertir la imagen de Dios? ¿Cómo es que un Dios así llegó a ser tan "domesticado" por las clases dirigentes que perdiera toda su fuerza de cambio social y pasara a ser el dios de las castas religiosas y poderosas del tiempo de Jesús? Esta es, ciertamente, una larga y compleja historia. Pero, en resumen, digamos que los poderosos terminaron por imponer una sensibilidad, una concepción de la vida y del mundo, un dominio tal, a nivel de las relaciones económicas, políticas y sociales, que ya no había cabida para el proyecto yahvista de un Dios que promueve el "derecho" (mispat) y la "justicia" (sedaqah) en un pueblo regido por los principios de la igualdad y la solidaridad. La vieja lucha de los profetas en contra de la monarquía como símbolo de la idolatría de todo un sistema que promueve la estratificación, la desigualdad, la dualización social, el impuesto gravitando sobre las vidas y amenazando la sobrevivencia de sus ciudadanos/as, seguía como "memoria de cambio social" de todo un pueblo. No había desaparecido del todo. Pero quedaba ya como un hecho marginal. (pp. 51-53)

Y eso era lo que celebraban. Ese era el contenido de sus liturgias: sin derecho, sin justicia, sin Paz y sin memoria. Liturgias traidoras y revitalizadoras de dioses.

Esas memorias proféticas marginales estaban en la conciencia del Maestro. Jesús se estaba comportando como los profetas de antaño, especialmente, como Isaías y Jeremías. Jesús, como cualquier judío de la época, posiblemente evocó las Escrituras judías para afianzar su comportamiento denunciante, aunque tal citación puede referirse a una relectura hecha por la misma comunidad mateana narradora. Miremos qué significados pueden suscitar dichos momentos de la narración.

Segunda parte del quiasmo B-B':

Releyendo proféticamente el gesto de Jesús: (13.16b).

Pagola (2012) dice que, para los judíos volver a la Alianza era volver a ser enteramente de Dios, ser un pueblo libre de esclavitud extranjera, donde todos pudieran disfrutar su tierra de manera justa y pacífica sin ser explotados. Era el sueño de los profetas un "pueblo de Dios" donde los niños no morirían de hambre, los ancianos vivirían una vida digna, los campesinos no conocerían la explotación (p. 115). Esta pauta ilumina mucho la razón por la que aparecen citados los textos del Testamento Judío, sin ser de nuestro interés total si vienen directamente de Jesús o de la comunidad mateana.

Entonces ¿qué quiere decir esa interpretación del comportamiento de Jesús a la luz de las citas de los profetas y del salmo en nuestra búsqueda de la Paz celebrada? Veían en su comportamiento la actualización del gesto profético, del ayer aconteciendo en el comportamiento de Jesús. Para mejorar la comprensión de los textos, pondremos, primero, las citas de los profetas tal y como aparecen en los libros de donde fueron extraídas con un contexto literal más amplio para que ellas hablen por sí solas:

Así dice el Señor:

Guardad el derecho, practicad la justicia,
que mi salvación está para llegar y se va a revelar mi victoria.
Dichoso el hombre que obra así,
dichoso el mortal que persevera en ello,
que *guarda el sábado sin profanarlo*
y *guarda su mano de obrar el mal.*

No diga el extranjero que se ha dado al Señor:

“El Señor me excluirá de su pueblo”.

No diga el eunuco: “Yo soy un árbol seco”.

Porque así dice el Señor:

A los eunucos *que guardan mis sábados,*
que *deciden lo que me agrada y perseveran en mi alianza,*
les daré en mi casa y en mis murallas
un monumento y un nombre mejores que hijos e hijas;
nombre eterno les daré que no se extinguirá.
A los extranjeros que se han dado al Señor, para servirlo,
para amar al Señor y ser sus servidores,
que guardan el sábado sin profanarlo
y perseveran en mi alianza
los traeré a mi Monte Santo,
los alegraré en mi casa de oración;
aceptaré sobre mi altar
sus holocaustos y sacrificios;
porque ***mi casa es casa de oración;***
y así la llamarán todos los pueblos (Is 56,1-7)

Palabra del Señor que recibió Jeremías:

Ponte a la puerta del templo y proclama allí:

Escuchad, judíos, la palabra del Señor,

los que entráis por estas puertas a adorar al Señor,

así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel:

Enmendad vuestra conducta y vuestras acciones

y habitaré con vosotros en este lugar;

no os hagáis ilusiones con razones falsas, repitiendo:

“el templo del Señor, el templo del Señor, el templo del Señor”.

Si enmendáis vuestra conducta y vuestras acciones,

si juzgáis rectamente los pleitos,

*si no explotáis al emigrante, al huérfano y a la viuda,
si no derramáis sangre inocente en este lugar,
si no seguís a dioses extranjeros, para vuestro mal,
entonces habitaré con vosotros en este lugar,
en la tierra que di a vuestros padres,
desde antiguo y para siempre.*

Os hacéis ilusiones con razones falsas, que no sirven:
¿de qué modo que robáis, matáis, cometéis adulterio,
juráis en falso, quemáis incienso a Baal,
seguís a dioses extranjeros y desconocidos,
y después entráis a presentaros ante mí
en este templo que lleva mi nombre,
y decís: “Estamos salvados”,
para seguir cometiendo tales abominaciones?
¿Creéis que es una **cueva de bandidos**
este templo que lleva mi nombre?

Atención, que yo lo he visto -oráculo del Señor- (Jr 7,1-11).

Sin entrar en mayores procedimientos exegéticos, los contextos literarios más amplios permiten mayor claridad para encontrar relaciones entre las frases de los profetas Isaías y Jeremías que motivaron la construcción de la expresión “*mi casa será casa de oración, pero ustedes la convirtieron en una cueva de bandidos*”.

Ambos relatos hablan de justicia, Paz y misericordia en el contexto del templo. Sea para el caso del Tritoisaías (la reconstrucción del templo) o de Jeremías (la futura destrucción del templo en manos de los ejércitos babilónicos de Nabucodonosor, escrito antes del Tritoisaías). El templo que existió en tiempos de Jesús iba a ser destruido nuevamente por el ejército romano en la conocida guerra de los años 66-70 d.C., contexto que, posiblemente, vivieron los autores del evangelio de Mateo.

El Tritoisaías es un consuelo ante el dolor de la exclusión. En esta perícopa aparecen dos tipos de excluidos: los extranjeros y los eunucos; para ellos Dios hace unas promesas que buscan reestablecer su humanidad y su dignidad. Los primeros, al no ser israelitas, se sienten excluidos, pero Dios les promete pueblo y vida porque los israelitas también tienen en su historia la exclusión de ser extranjeros en Egipto (Ex 22,21). Los segundos, al no tener descendencia, al ser árboles secos (56,3) al no dar descendencia ni pueblo y ser desplazados de la asamblea por su esterilidad (Dt 23,1) están excluidos también. A ambos grupos se les hace la promesa de inclusión con dos condiciones: guardar el sábado y preservar la Alianza (56,4.6), esto significa practicar la justicia, guardar el derecho, guardar la mano de obrar el mal (56,1-2). A los eunucos los protegerá Dios dándoles casa, murallas y nombre ante la exclusión (56,5). Y a los extranjeros los ingresa a la casa de oración. ¿Cuál es la razón? Los verbos son muy dicentes: *los traeré... los alegraré... aceptaré...* y las imágenes son litúrgicas: *Monte Santo, casa de oración, altar, holocaustos y sacrificios* (56,6). El contenido de esta liturgia es muy claro: la inclusión es justicia, es hacer el bien, es defender y promover la Paz: es desear el *shalom*.

Para el caso de Jeremías, hace una dura crítica ante la tergiversación de la justicia, la Paz y la misericordia poco simbolizadas por el templo. Solo se puede adorar enmendando la vida, dejando de cometer errores que deterioren y maten a la humanidad: es la única condición para entrar en el templo (7,3). Entrar al templo a adorar implica atender a todos los sujetos cuyos rostros viven en per-

manente deshumanización, los sujetos que viven necesitados de la misericordia como el emigrante, el huérfano, la viuda, el inocente asesinado (7,7). No tener estas actitudes es jurar en falso y quemarle incienso a Baal (7,9). Acabar con la vida del prójimo es violar los mandamientos de la Alianza. Entrar a las puertas del templo para adorar no es suficiente diciendo *el templo del Señor, el templo del Señor, el templo del Señor*, le llama el profeta a este gesto *hacerse ilusiones vanas* (7,4), es hipócrita e inhumano quien pervierte el rostro del Dios verdadero. La verdadera adoración es defender la vida humana y dignificarla a toda costa, mitigando el sufrimiento y creando procesos liberadores. Si no cambia la vida no se puede entrar al templo. Por eso el templo no puede ser una *cueva de bandidos* sino el lugar donde es celebrado el *shalom*. A lo mejor Jesús toma de aquí la crítica de algunos que adoran sin cumplir sus designios, y va de la mano con el incidente del templo: *No basta decirme: "¡Señor, Señor!", para entrar en el Reino de los Cielos; no, hay que poner por obra el designio de mi Padre del cielo* (Mt 7,21).

¿No será acaso el designio del Padre del cielo la misma Alianza de antaño, la de mirar en el rostro de quien sufre la misma presencia del Padre que reclama justicia, Paz y misericordia?

Ahora, en este segundo momento miraremos cómo en el verso 16b se cita el Salmo 8². El comentario de Jesús estaría enmarcado en el texto entero así:

¡Señor, dueño nuestro, qué admirable eres tú en toda la tierra!

Ensalzaré tu majestad por encima del cielo

con la boca de un niño de pecho.

Has cimentado un alcázar frente a tus adversarios,

para reprimir al enemigo y al rebelde.

Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos,

la luna y las estrellas que has creado,

¿qué es el hombre para que te acuerdes de él,

el ser humano para que te ocupes de él?

Lo hiciste poco menos que un dios,

lo coronaste de gloria y dignidad;

le diste el mando sobre las obras de tus manos,

todo lo sometiste bajo sus pies:

los rebaños de ovejas y toros

y hasta las fieras salvajes,

las aves del cielo, los peces del mar

que trazan sendas por el mar.

¡Señor, dueño nuestro, qué admirable eres tú en toda la tierra! (Sal 8).

Los poderosos representantes del templo le preguntan a Jesús por esos niños y su actitud de alabanza ante su comportamiento. Y él los reconoce al estar felices por el acto liberador y trae el verso 3 del Salmo 8 a la discusión.

Al parecer, no es el desprecio de los poderosos sino la aprobación de Dios desde esos niños. Aquí no hay que ver solo la ternura de los niños y su alegría sino, cómo ellos, también, representan a los

² El texto citado en el Evangelio de Mateo corresponde al verso 3 del Salmo 8 de la Septuaginta. Aquí solo tomaremos la traducción de la Nueva Biblia Española hecha del manuscrito hebreo.

excluidos porque es desde su canto, su alabanza, que Dios se levanta, no ante la sabiduría de los sumos sacerdotes y escribas. Ya lo habría dicho antes Jesús en este mismo evangelio:

Por aquel entonces exclamó Jesús:

· Bendito seas, Padre, Señor de cielo y tierra, porque, si has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a los niños pequeños; sí, Padre, bendito seas, por haberte parecido eso bien (Mt 11,25).

Los niños eran despreciados en la sociedad grecorromana y la cultura hebrea también se desarrolló en medio de esas concepciones. Sobre esto nos recuerda Manuel Villalobos (2015), CMF:

Los eruditos nos informan que entre los griegos y los romanos del siglo primero hubo un considerable pesimismo respecto a los niños, debido a su pequeñez física, subdesarrollo y vulnerabilidad consecuente, así como por su ignorancia, aparente arbitrariedad de irracionalidad, características que debían ser superadas mediante rigurosa educación y dura disciplina. Platón excluye específicamente a mujeres, esclavos y niños de la esfera de la razón -y de la humanidad-, considerándolos incapaces de razonar. (pp. 86-87)

La alabanza de los niños sintetiza el acto profético de Jeremías, Isaías y Jesús. La alabanza de los niños expresa el verdadero contenido que debería tener el templo. Será desde ese rostro de pequeño y pequeña donde empezará una nueva humanidad que ponga el templo en una situación de *catástrofe*. ¿Acaso no sería la intencionalidad del evangelista, a través de la imagen de los niños que alaban en la citación del Salmo 8, anticipar o anunciar la acción del Reinado de Dios ya dada en el gesto de Jesús y no en la acción del templo? Es más, ¿prefiere ver como templo, el cosmos y todo lo que rodea la humanidad y no la diabólica acción gestada dentro del templo de Jerusalén?

Jesús, al citar los niños del Salmo 8 se está refiriendo específicamente a unos niños mucho más pequeños. Él dice que la alabanza viene de *la boca de los niños de pecho*. Es cantar como bebé, es una alabanza de bebé. Con la misma boca con la que mama los pechos de la madre, alaba. *Nipíon ké thilazónton* -Mt 11,25 también usa la palabra al identificar a los pequeños como *nipíois*- respeta la expresión en hebreo que figura en el Salmo, *hivlelim veyinqim*, o niños *lactantes*, a nuestro parecer, un bebé que apenas balbucea o llora. Nos apoyamos en el comentario de Ángel Aparicio Rodríguez (2012), CMF:

Los chiquillos mamaban hasta cumplidos los dos años [...] Los pequeños, cuyos labios alaban a Dios, son aún lactantes [...] Podemos traducirlo perfectamente a nuestra lengua con “pequeños lactantes”, o “pequeños aún lactantes”. Estos niños ya saben balbucir, o pueden saberlo. Considero que el plural es colectivo, referido al *yo* del salmista como sujeto de la acción verbal. (p. 60)

Ahora, sería interesante si se relacionan los versos 2 y 3 del Salmo 8 para ver el contraste entre ese niño de pecho, lactante, bebé y los adversarios, enemigos y rebeldes: *Ensalzaré tu majestad por encima del cielo / con la boca de un niño de pecho. / Has cimentado un alcázar frente a tus adversarios, / para reprimir al enemigo y al rebelde*. Si lo aplicamos directamente al contexto de la perícopa, ¿Jesús estaría insinuando que esos sumos sacerdotes y escribas son los adversarios, enemigos y rebeldes cuyo poder y conocimiento no se acercan a la alabanza genuina de un bebé que supera, incluso, al cielo mismo?

Ante el *comprar, vender y cambiar moneda*, verbos que definen en tiempos de Jesús la liturgia del templo, nos atrevemos a proponer, a través de la lectura de los textos proféticos y del salmo, los verbos *incluir, liberar y alabar* como palabras que mejor definen, procesualmente, la acción de Dios y del pueblo que busca la Paz. Deberían estar en el contenido de la liturgia pedida por Jesús, alabar debe tener un sentido consecuente con el hecho de incluir y liberar, quiere decir, un sentido profético.

Mencionar una *alabanza de bebé* anticipa la acción de Jesús como la mismísima acción del Reinado de Dios, no ejecutada desde el centro de poder del templo, sino desde afuera, en el patio de los gentiles, entre cojos, ciegos y niños.

Tercera parte del quiasmo C-C': Jesús ve y oye el contexto de sufrimiento y la ausencia de la Paz (14.16a)

Llama mucho la atención esta escena de la expulsión de los mercaderes del templo, muy impactante para quedar guardada en la memoria de los cuatro evangelios canónicos y, por lo tanto, un hecho histórico veraz atendiendo el criterio de atestación múltiple³. Sin embargo, solo Mateo conserva en su perícopa la *presencia de cojos y ciegos y los niños* que alaban el gesto de Jesús.

Como se dijo, el suceso pudo ocurrir en el patio exterior conocido como *el patio de los gentiles*, distante del corazón del templo donde eran celebradas las liturgias del sumo sacerdote. Al parecer, el evangelista quiso resaltar el gesto marginal de Jesús como algo provocador y retador ante las leyes de pureza. Es una liturgia en el patio exterior en confrontación con la liturgia central y poderosa del sumo sacerdote del templo. ¿En cuál de los dos espacios se encuentra una verdadera liturgia defensora y promotora de la Paz?

Los ciegos y los cojos se acercan a Jesús por su cuenta y él los sana. Hace milagros en el patio de los gentiles en el templo. Es una expresión que, de alguna manera y a nuestro parecer, sintetiza los veinte capítulos anteriores del Evangelio de Mateo y critica con acciones terapéuticas un templo que no sana, un templo que enferma -el texto dice en griego *etherápefsen*-. Unas liturgias que, en vez de sanar cuerpos, incluirlos, liberarlos y hacerlos portadores del *shalom*, ponen cargas en la espalda de la gente. Dice Pagola (2014) que Jesús nunca pensó en los milagros como una fórmula mágica para suprimir el sufrimiento en el mundo, sino como un signo para indicar la dirección en la que hay que actuar para acoger e introducir el reino de Dios en la vida humana. Toda su actuación busca generar una sociedad saludable y pacífica: su rebeldía frente a comportamientos patológicos de raíz religiosa como el legalismo, el rigorismo o el culto vacío de justicia (p. 111). Al parecer, los poderosos orientaron el templo en otra dirección.

El templo tiene actividad sanadora según comenta el libro del Levítico y, en más de una ocasión, la evidencia el mismo Jesús cuando hace milagros, al pedirle a la persona sanada que vaya al templo a dar cuenta al sacerdote. En este caso, a Jesús se le presentan los ciegos y los cojos y él los *ve* y *los toca*, los sana y los incluye. Jesús hace de su cuerpo el templo de ellos para que vivan el *shalom* tan deseado. El verso relacionado en el quiasmo hace referencia a la actitud de los sumos sacerdotes y los escribas al presenciar la alabanza de los niños que gritaban “¡Viva el Hijo de David!” le dijeron a Jesús con *indignación*, *enojados*, como dice el texto griego *iganáktisan* o “muertos de la ira”, “enfurecidos”, “llenos de rabia”, “encolerizados”. Estaban *escandalizados*. No dice que Jesús los haya visto sino, ante la pregunta despectiva de los poderosos del templo *¿oyes lo que dicen esos?* Jesús comenta la cita del salmo 8 y la alabanza de los bebés. Jesús *ve* los cuerpos sufrientes de los ciegos y cojos y *oye* los gritos de los niños. Y sana a unos y a los otros les reconoce la alabanza. Es una clara

³ Existen criterios para evaluar la historicidad del relato. Latourelle, plantea cuatro: *atestación múltiple, discontinuidad, conformidad y explicación necesaria*. El criterio de atestación múltiple reza así: “*Se puede considerar como auténtico un dato evangélico sólidamente atestado por todas las fuentes de los evangelios (o por la mayor parte) y por otros escritos del Nuevo Testamento*”. En *Criterios de autenticidad histórica de los evangelios* recuperado de http://www.seleccionesdeteologia.net/selecciones/lib/vol15/58/058_latourelle.pdf. Incluso, Antonio Piñero en su estudio sobre la relación entre Jesús y las mujeres, define la atestación múltiple diciendo: “se pueden considerar auténticos aquellos dichos o hechos de Jesús que están testimoniados por diversos estratos de la tradición” (2014, p. 18).

referencia a las acciones del Dios liberador del Éxodo. El Dios que *ve y oye los gritos* del pueblo débil, sencillo, pequeño, esclavo (Ex 3,7-10). Es Jesús que llama a otros a *ver y oír*, para sintetizar así su kerigma y volverse él mismo *Evangelio, Buena Noticia*:

Juan se enteró en la cárcel de las obras que hacía el Mesías y mandó dos discípulos a preguntarle:

· ¿Eres tú el que tenía que venir o esperamos a otro?

Jesús les respondió:

· Id y contarle a Juan lo que estás viendo y oyendo:

Los ciegos ven y los cojos andan,

los leprosos quedan limpios y los sordos oyen,

los muertos resucitan

y a los pobres se les anuncia la *buena noticia* (Mt 11,2-5).

En este anuncio de Jesús pulula vida, *shalom* y contexto por donde se lo tome. La cárcel, el dolor, la sanación, la justicia, la misericordia, la Paz... Esto hacía Jesús y este es el contenido de su liturgia.

Es Jesús con su actitud mucho más fiel a la Alianza que lo acontecido en el interior del templo, por más pomposo y tradicional que sea, como bien lo habíamos dicho citando a Pagola (2014): “En aquel lugar santo, signo de la elección de Israel, habita el Dios de la Alianza: su presencia garantiza la protección y la seguridad del pueblo” (p. 371).

¿Protección?, ¿seguridad? No fue así. La presencia de estos cuerpos de enfermos y excluidos en el patio de los gentiles indica que el templo no estaba cumpliendo su función y, con toda razón, lo habían vuelto una cueva de bandidos y no una casa de oración. El efecto terapéutico de esa liturgia estaría en tocar los cuerpos de quienes están oprimidos y no en exigir impuestos y sacrificios generadores de injusticia y muerte.

Punto central del quiasmo D: Los niños y las niñas gritan de alegría (15)

Entre la indignación y la alegría descansa el punto central del relato como una profesión de fe. Los niños gritan de alegría “¡Viva el Hijo de David!” ante la presencia de los sumos sacerdotes y escribas. Los poderosos *oyen* a los niños y *ven* los milagros, pero están ennegrecidos y llenos de ira. Se ve con claridad las dos imágenes contrapuestas entre los poderosos del templo y los niños: los indignados con poder y los que alaban sin poder. ¿En cuál de estas facciones queda clara la promoción de la Paz?

Decirle *Hijo de David* a Jesús, de la boca de unos niños alegres, se contrapone a la visión y presencia de los sumos sacerdotes y escribas, representantes del poder del templo y del conocimiento de la ley israelita y amplios conocedores del significado histórico y teológico de ese título. El Evangelio de Mateo nos pone en la disyuntiva de quiénes serían más fieles a la hora de reconocer a Jesús como Mesías. No se necesita el poder ni el conocimiento sino el *hacerse como pequeños* para entrar en el Reinado de Dios. Jesús ya lo había dejado claro antes:

En aquel momento se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron:

- Vamos a ver, ¿quién es más grande en el Reino de Dios?
Él llamó a un niño, lo puso en medio y dijo:

- Os aseguro que si no cambiáis y os hacéis como estos chiquillos, no entraréis en el Reino de Dios; o sea, que cualquiera que se haga tan poca cosa como este chiquillo, ése es el más grande en el Reino de Dios; y el que acoge a un chiquillo como éste por causa mía, me acoge a mí. En cambio, al que escandalice a uno de esos pequeños que creen en mí, más le convendría que le colgasen al cuello una rueda de molino y lo sepultaran en el fondo del mar ¡Ay del mundo por los escándalos! Porque es irremediable que sucedan escándalos, pero ¡ay del hombre por quien viene el escándalo! (Mt 18,1-7).

Ellos no acogen a esos niños y muestran su rechazo. Podrán estar dentro del templo, pero están fuera de la presencia de Dios, fuera de su Reinado. Este es el gran escándalo.

Sin necesidad de profundizar desde la historia del título que va en la línea de la profecía de Natán (2Sam 7,13-16), ser *Hijo de David* va más allá de un linaje o dinastía o comprensión político-real como lo concibe cierta cosmovisión judía; *es poder responder al dolor de la gente*. Esta comunidad mateana de alguna manera está corrigiendo este título, esta forma de llamar a Jesús. Ese dolor de rostros específicos mesianiza, cristifica a Jesús comprendiéndolo desde el siervo doliente y solo desde ahí debe ser glorificado⁴. Los niños, con esa alabanza ungen a Jesús y, al reconocerlo, gritan ¡viva! o como exclama el texto griego, *osanná*, reconociendo ante Jesús un acto salvador dándole color litúrgico al grito. Ante la alegría de la salud y la libertad, ante el cambio de suerte que solo Dios puede dar, ante la acción salvífica de Dios solo hay que cantar y gritar, como dice el salmo 126:

Quando el señor cambió nuestra suerte
 Nos parecía estar soñando:
 Nuestra boca se llenó de risas
 Nuestros labios, de gritos de alegría
 Hasta los paganos decían: “El Señor ha estado grande con ellos”
 El Señor ha estado grande con nosotros,
 Y estamos alegres (126,1-3).

Este hombre es el Mesías. El excluido unge a Jesús. Es el excluido, el que no tiene palabras, el pequeño, el sencillo, el débil, el más necesitado de la Paz. Y todo esto representado en el feliz grito de un niño (*paídas* en el verso 15) o en el tierno balbuceo de un bebé (*nipíon ké thilazónton* en el verso 16b). El Reinado de Dios se mide y se juega desde ahí, no desde el poder.

El acontecimiento del templo: buscar la Paz en medio del conflicto

Definitivamente, el camino del *ver, oír y tocar* que Jesús estaba recorriendo lo llevaría al templo. Se ve con claridad que, sin mencionar el Reinado de Dios, ese es el mensaje subyacente en la acción de Jesús: la liturgia del templo no anuncia los valores pacificadores del Reinado de Dios, peor aún, los suprime. El Reinado llegó hoy, llega ya, y necesita la conversión urgente del pueblo, de los gobernantes, de cada israelita para lograr un verdadero cambio sociopolítico, simbólicamente lo diríamos, *un cambio allá, en el patio de los gentiles*. Y Jesús siente y relaciona este cambio desde el interior, una *cultura de la compasión* surgida de cada persona. Y este es el Reinado de Dios: permitirle reinar en el interior de cada sujeto para transformar su humanidad, es hacer de la humanidad un espacio litúrgico promotor de la Paz. Nos dice Pagola (2014):

⁴ Literalmente dice la fuente de donde se extrajo la idea: *Jesús acepta la verdad que expresa este título, pero corrige su interpretación para que esté más en conformidad con toda su predicación, que prefiere la figura del siervo doliente a la del mesías glorioso*. Recuperado de http://www.mercaba.org/DicTF/TF_cristologia_3.htm

¿De dónde brota en Jesús esta manera de entender el “reino de Dios”? No es esto, ciertamente, lo que se enseñaba los sábados en la sinagoga, ni lo que se respiraba en la liturgia del templo. Al parecer, Jesús comunica su propia experiencia de Dios, no lo que se venía repitiendo en todas partes de manera convencional. Sin duda podía encontrar el rostro de un Dios compasivo en la mejor tradición de los orantes de Israel [...] Sin embargo, Jesús no cita las Escrituras para convencer a la gente de la compasión de Dios. La intuye contemplando la naturaleza, e invita a aquellos campesinos a descubrir que la creación entera está llena de su bondad. Él “hace salir el sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos e injustos”. Dios no se reserva su amor solo para los judíos ni bendice solo a los que viven obedeciendo la ley. Tiene también compasión de los gentiles y pecadores. Esta actuación de Dios, que tanto escandalizaba a los sectores más fanáticos, a Jesús le conmueve. No es que Dios sea injusto o que reaccione con indiferencia ante el mal. Lo que sucede es que no quiere ver sufrir a nadie. Por eso su bondad no tiene límites, ni siquiera con los malos. Este es el Dios que está llegando. (p. 109)

Jesús se muestra interesado por la vida de la gente más que por el culto. Al ver su actitud sobre los cuerpos abatidos y despreciados muestra cómo Dios está interesado en sus historias y vidas más que en las normas culturales (Pagola, 2014, p. 110). Este pueblo no sabe de normas ni nada de eso. Simplemente, sufre y necesita vivir la Paz que solo de Dios podría venir, urgentemente.

Por eso el comportamiento de Jesús es gesto, profecía y peligro. *Gesto* sensible ante los problemas de la gente; *profecía* porque denuncia la injusticia y la ausencia de Paz que los produce y anuncia la necesidad de un orden distinto y misericordioso; *peligro* porque Jesús pone en riesgo su vida al descubrir que sus causas son superiores a él mismo. Más que vivir obligados por leyes e impuestos para el templo, deberían estar obligados a vivir con justicia. Porque el problema no está en la ley por la ley o en los impuestos como tal, sino en la instrumentalización que de ellos se hace -instrumentalización hasta de la experiencia de Dios- para someter a la gente y sostener poderosos a costa de sangre inocente. Por eso Jesús, desde el Evangelio de Mateo, se toma las palabras del profeta Oseas oportunamente: *misericordia quiero, no sacrificios* (Mt 9,10-13; Os 6,6-7).

El texto muestra dos espacios litúrgicos: uno, fuera del templo, lugar de conflicto y salvación y, el otro, dentro del templo, el lugar santo, inaccesible donde supuestamente Dios habita, el lugar donde nada pasa y solo pocos llegan. Una verdadera liturgia cercana a la vida está en medio de la gente y no teme a sus conflictos, es profecía porque siente y parte de la gente misma para buscar motivos para seguir celebrando, para seguir deteniendo el tiempo, para recrear nuevas posibilidades. Y toda la narración se desarrolla afuera. Es sencillo intuir el lugar donde Dios está, según el relato. Para Jesús es más santo el patio de los gentiles que el centro del templo. Porque la Paz se viviría afuera, una vez celebrada dentro del templo.

Pagola (2012) nos recordaba antes que el templo era vital para la gente porque era la misma presencia de Dios (p. 371). No puede estar Dios en un lugar de acumulación de poder que servía como banco y mercado, lo pervirtieron con liturgias de la compra, venta y cambio de moneda. Era una celebración litúrgica para adormecer y someter, no para liberar y promover la Paz. Jesús no se dejó engañar y buscaba abrir los ojos de las personas. Intuía una experiencia de Dios que lo obligaba a denunciar con ardor profético a pesar de los altos costos que implicaba eso, tendría que diezmarle al sistema poco después con su propia vida.

Y en ese templo y con estas ideas recogidas vemos perfectamente el enfrentamiento entre dos imágenes de Dios. ¿Cuál persiste? ¿El Dios de la antilógica de la libertad y la Paz o el dios de las lógicas del mercado? La segunda imagen generará víctimas, sufrimiento y dolor injusto celebrando un culto sin derechos, sin justicia, sin memoria, sin Paz, con ídolos que se hacen pasar por el Dios de la Alianza.

Extranjeros, eunucos, cojos, ciegos, niños y tanto sujeto excluido y necesitado de justicia y de Paz, de que le hagan el bien, pero ¿cuál es ese sistema que los produce? Ese debe ser desenmascarado. Dios, en los textos proféticos pide guardar el sábado, preservar la Alianza para cambiar la vida. Solo así se puede entrar al templo. Antes de entrar al templo y ejecutar el culto se debe salvar afuera, en la calle. El culto, la celebración, el acto litúrgico debe ser la continuación de la justicia, la Paz y la misericordia de un Reinado de Dios llevado a cabo desde afuera, desde las márgenes de la existencia.

La actividad litúrgica se valida si promueve y celebra al Dios de la Alianza y de la vida, si está a favor de su pueblo y celebra la memoria del gesto liberador que orienta la espiritualidad de personas y de pueblos. Ahí damos razones para que toda liturgia provoque en cada persona y comunidad la continuación y renovación del gesto liberador del Dios de Jesús. La acción de Jesús es la acción del Dios del Éxodo, acción de su Reinado y debería ser acción de todo creyente. Y ahí entramos en una dinámica sacramental.

La propia vida es una liturgia: la Paz sacramentada como resultado de la justicia

En la continuación del gesto liberador de Dios, tal como lo hizo Jesús, está la clave para una vida sacramental. En la Constitución *Sacrosanctum Concilium* del Concilio Vaticano II dice:

En efecto, *la liturgia, por cuyo medio “se ejerce la obra de nuestra Redención”, sobre todo en el divino sacrificio de la Eucaristía, contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida, y manifiesten a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia.* (n. 2)

Ver, oír, tocar, incluir, alegrar, aceptar, liberar, alabar, palabras surgidas de la anterior interpretación, son tanto verbos para identificar el proceder de Jesús en el templo como verbos de la vida y de la liturgia para ejercer, tal y como dice el Concilio, la obra de nuestra Redención. Son verbos para redimir el dolor, celebrar la justicia, la Paz y seguir caminando. Se trata de hacerlos vida y conciencia en la celebración para expresar el acontecimiento permanentemente de ese misterio de Cristo revelado en cada creyente y comunidad.

Según Pagola (2012), de nada sirven los sacrificios, los ayunos y las peregrinaciones a Jerusalén desde la mirada de Jesús. Para Dios, lo primero es hacer justicia a los pobres (p. 114). Estos eventos especiales nos interpelan y comprometen con la Paz, en la medida que tengan un significado profundo para nosotros. Y lo tienen porque la humanidad exige ser atendida y no da tiempo. Y para quienes dicen ser creyentes, se deben sentir impulsados como Jesús a cuestionar todos los templos de nuestro tiempo, dentro y fuera de las iglesias. Porque existe un vínculo profundo entre la experiencia de la Alianza, la proclamación del Reinado hecha por Jesús y nuestro compromiso cristiano por la Paz. En esta misma línea, el numeral 5 de la *Sacrosanctum Concilium* dice que Jesús es:

[...] unguido por el Espíritu Santo, para evangelizar a los pobres y curar a los contritos de corazón, como “médico corporal y espiritual”, mediador entre Dios y los hombres. En efecto, su humanidad, unida a la persona del Verbo, fue instrumento de nuestra salvación. Por esto en Cristo se realizó plenamente nuestra reconciliación y se nos dio la plenitud del culto divino. Esta obra de redención humana y de la perfecta glorificación de Dios, preparada por las maravillas que Dios obró en el pueblo de la Antigua Alianza, Cristo la realizó principalmente por el misterio pascual de su bienaventurada pasión.

Según el Concilio, si Cristo fue enviado a atender las personas que sufren y se nos dio la plenitud del culto divino, significa que debemos hacer de nuestra vida un culto permanente a Dios, o sea, una liturgia. A esto nos referíamos inicialmente cuando dijimos *toda la vida de Jesús era una vida litúrgica*. Su vida es un culto permanente a la inclusión, la justicia y la Paz. Y esa es su misericordia.

Porque con las mismas manos que usamos para bendecir y alabar, acariciamos y sanamos. Con la misma boca con la que gritamos injusticia, cantamos al Padre. Ahí está el milagro, esa es la dirección del Reinado y es el resultado del *shalom*.

Aquí se produce la síntesis entre la fe y la vida, es la liturgia principio y fin para continuar celebrando y proyectando nuevas posibilidades de ser. Dice Micó Buchón (2004) al respecto:

Por eso el culto cristiano debe expresar la doble vertiente, de la obediencia al Padre (glorificación), y caridad con los hermanos (redención). El servicio litúrgico así cumplido en la Iglesia tiene, por sí mismo un valor evangelizador, que la nueva Evangelización debe situar en un lugar muy destacado... En la liturgia se hace presente hoy Cristo Salvador. La liturgia es anuncio y realización de los hechos salvíficos que nos llegan a tocar sacramentalmente..., por eso convoca, celebra, envía... Sostiene el compromiso con la promoción humana... La celebración litúrgica no puede ser algo separado o paralelo a la vida [...] Toda ceremonia litúrgica de cada sacramento tiene también valor pedagógico; el lenguaje de los signos es el mejor vehículo para que el mensaje de Cristo penetre en las conciencias de las personas y desde ahí se proyecte al "ethos" de un pueblo, en sus actividades vitales, en sus instituciones, en todas las estructuras... (p. 142)

Ese *ethos* que hace falta, basado en Jesús, es la base para toda renovación litúrgica y toda vida sacramental. Pero exige del pueblo creyente una postura concreta de renovación permanente.

Conclusión: Dichosos los que celebran la Paz porque esos serán llamados Hijos

Latinoamérica ha gestado Iglesia desde siempre en medio del conflicto y la búsqueda de la Paz. Por eso ese nexo entre liturgia y Paz es fundamental, renovadora, aunque no es nueva, va de la mano con el peregrinar de la Iglesia y es propia de ella y nunca es un paso definitivo y último; es algo vivo, en permanente evolución, y han de continuar las adaptaciones, modificaciones (Micó Buchón, 2004, p. 139). Pero esas renovaciones deben venir desde adentro, de las urgencias de la humanidad. La solución no está en seguir escribiendo normas para que todo el mundo, toda la Iglesia, celebre igual y sin repensación de contenidos. La solución está en llenar de nuevos contenidos la liturgia, la ética, nuestros símbolos, evangelizar conciencias, celebrar la vida, la justicia y la misericordia, la Paz, de reconocer la vida en el interior de la gente y salir a trabajar por la dignidad. De lo contrario ¿qué estamos celebrando? ¿Muchas normas y cero contenidos? ¿Forjando liturgias adormecedoras de conciencias y nada proféticas? ¿Gustan liturgias sin *shalom*?

Nos dice Edwin Mora Guevara que es necesario conocer los sentidos originales de la palabra *liturgia* para recuperar críticamente los que sean pertinentes para nuestra práctica (2009, p.8). Podría ser cierto que, en todo ensayo es normal empezar por una definición de términos. Sin embargo, para este propósito se prefirió dejar al final la definición etimológica de la palabra y ver si, durante toda esta reflexión, se garantizó fidelidad al significado. Tanto Micó Buchón como Mora Guevara lo exponen, pero tomaremos como fuente al segundo autor porque en su estudio menciona otros estudiosos como Nehunheuser, Marsilli, Auge, Civil y Pietrantonio. Nos lo recuerda:

La palabra *leitourgia* proviene del griego clásico, y está compuesta por dos raíces: la primera, *leit* (de *leos, laos*) tiene relación con la palabra pueblo. La segunda, *ergon, ergazomai* significa acción u obra. El término significa entonces: "obra, acción, empresa para el pueblo" [...] podemos definir el término liturgia desde sus sentidos originales como: obra a favor de... una comunidad nacional... en sentido político, no en sentido económico, es decir, una liturgia es una cosa comunitaria, una obra no a favor de uno, sino del conjunto. Este sentido primigenio es muy importante recuperarlo y entenderlo [...] Es importante recuperar el sentido primigenio de liturgia como algo comunitario, es decir, obra del pueblo. La renovación litúrgica

actual parte de este sentido original de la palabra. Por tanto, busca una liturgia participativa y comunitaria que posibilite expresar en conjunto la fe en el Dios de vida y esperanza. En la antigua Grecia, en el uso civil el término liturgia tuvo un sentido político. Liturgia significaba servicio público, **obra que se hace a favor del pueblo**. Este sentido se refería en muchas oportunidades al ejercicio de un cargo o puesto público. Esta función pública y política estaba al servicio del pueblo. (2009, p. 9)

¿Hemos sido fieles al sentido primigenio, etimológico, de la palabra *liturgia*? Creo que sí. Si Jesús hubiera dicho que el Reinado de Dios llegaba para alegrar justos hubiera tenido su lógica y le habrían entendido, pero *un Dios a favor del pueblo* -seguimos el significado de liturgia anterior- sin tener en la cuenta su comportamiento moral, resulta escandaloso (Pagola, 2012, p. 113). Debería indignar la falta de humanidad, el cumplimiento de leyes cosificadoras y el silencio ante la injusticia. Sin embargo, al parecer nos movemos en medio de dos formas de entender el escándalo. Porque los poderosos estaban escandalizados de Jesús, y la maldad de los poderosos también generaba escándalo. No acoger la vida y la Paz es escandaloso y defenderla también. Es necesario reinterpretar el escándalo porque nos urgen hoy en día liturgias escandalosas, anormales, generadoras de Paz y misericordia, o sea, a favor de los vulnerables de la historia.

Por eso Micó Buchón nos recuerda que falta dar ese paso: que la liturgia y las celebraciones religiosas, tan vividas en esos pueblos, repercutan más en la vida moral, social, política y aún económica, con mayor justicia y solidaridad (2004, p. 141). Esta es la clave hacia donde se debe recuperar el sentido etimológico de la liturgia. Porque la liturgia no evade el dolor, lo toca para renovarse y, si renueva, es terapéutica, tal como lo muestra Jesús en las afueras del templo según la perícopa estudiada.

Así, nos vuelven a la mente los cojos, los ciegos, los pequeños, las víctimas, los pobres. ¿Cuáles serían esos rostros hoy en día? Nos lo dice de una manera contundente Alberto Parra, S.J.:

La común inserción en los movimientos populares, en los barrios de periferia y en la reflexión metódica permitió hacer lucir nuestra propia conciencia acerca de la amplitud semántica de aquello que nombramos y amamos bajo el nombre entrañable de pobre: el carente en sentido económico, el subyugado en sentido cultural, el violentado en sentido político, el enfermo en sentido clínico, el iletrado en sentido educativo, el negro y el indígena en sentido **étnico**, el diferente en sentido sexual, el infectado en sentido epidemiológico, el huérfano y la abandonada en sentido familiar, la mujer victimizada en sentido de género. (Vivas, 2001, p. 5)

Ahí está el reto: forjar liturgias como espacios terapéuticos, inclusivos, sanadores. Esa es la Alianza, ese es el culto, esa es la alabanza y así es como Dios reina. En la medida en que podamos integrar esos valores y descubrirlos en la originalidad de la tradición judeocristiana seguiremos haciendo de nuestras vidas, templos; de nuestros procederes, cultos; y de nuestro ejercicio vital, posibilidades de salvación para tantos rostros sufrientes que tenemos en nuestro país y continente.

Referencias

- Aparicio, A. (2012). *Comentario filológico a los Salmos y al Cantar de los Cantares*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Concilio Vaticano II (2000). *Documentos completos*. Bogotá: Editorial San Pablo.
- Degan, A. (2002). Apuntes para una espiritualidad de la Noviolencia. *Vinculum. Conferencia de Religiosos de Colombia*, (206), 53-59.

- De la Torre, G. (2002). *Introducción a la historia del NT. La estructura social de la Palestina frente a la cual Jesús hace su propuesta ética*. Quibdó: Ediciones Camino – Instituto Claretiano de Estudios Bíblicos.
- Lautourelle, R. (1976, abril-junio). Criterios de autenticidad histórica de los evangelios. *Selecciones de Teología*, 58 (15). Recuperado de http://www.seleccionesdeteologia.net/selecciones/l/lib/vol15/58/058_latourelle.pdf.
- Morello, G. (2007). El Concilio Vaticano II y su impacto en América Latina: a 40 años de un cambio en los paradigmas en el catolicismo. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, (199), 81-104.
- Micó Buchón, J. L. (2004). *Liturgia católica*. Bogotá: Editorial San Pablo.
- Mora Guevara, E. (2009). *La celebración cristiana. Renovación litúrgica contextual*. San José: Universidad Bíblica Latinoamericana.
- Pagola, J. A. (2013). *Jesús. Aproximación histórica*. Bogotá: PPC.
- Pikaza, X. & Pagola J. A. (2016). *Entrañable Dios. Las obras de misericordia: hacia una cultura de la compasión*. Navarra: Editorial Verbo Divino.
- Piñero, A. (2014). *Jesús y las mujeres*. Madrid: Editorial Trotta.
- Poittevin, P. & Charpentier, E. (1987). *El evangelio según san Mateo*. Cuadernos bíblicos 2. Navarra: Editorial Verbo Divino.
- (s.n.). (s.f.). *Títulos Cristológicos*. Recuperado de http://www.mercaba.org/DicTF/TF_cristologia_3.htm
- Villalobos, M. (2015). *Cuerpos abyectos en el evangelio de Marcos*. España-Colombia: Editorial El Almendro – Fundación Universitaria Claretiana.
- Vivas, M. S. (2001). *Mujeres que buscan liberación*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.